

CIUDADANÍA Y APROPIACIÓN TECNOLÓGICA. HERRAMIENTAS PARA EL ANÁLISIS DE LAS PRÁCTICAS COMUNICATIVAS DE LOS SUJETOS EN TORNO A LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

Francisco Javier Moreno Gálvez
javiermoreno@us.es
Universidad de Sevilla

Resumen

En un escenario epistemológico donde son frecuentes las caídas en el determinismo (tecnológico o social) a la hora de explicar la interacción de los sujetos con las nuevas tecnologías, surgen itinerarios teóricos que abordan la apropiación social de esas tecnologías a través de una visión compleja de las mediaciones en la era digital. Entendemos que, lejos de esquemas dicotómicos sobre las posibilidades que se abren con las nuevas tecnologías, es necesario observar el ámbito de la comunicación como si de una arena de luchas se tratase, es decir, un espacio dominado por contradicciones, conflictos, luchas y resistencias que tienen las relaciones sociales de poder como telón de fondo.

La presente comunicación trata de esbozar un panorama crítico de las diferentes aportaciones teóricas sobre las prácticas comunicativas de los sujetos en torno a las nuevas tecnologías. Para ello, realizamos un recorrido que atraviesa la economía política de la comunicación, la tradición crítica de los estudios culturales, la teoría de las mediaciones y la tradición francesa de sociología de los usos para desarrollar una caja de herramientas con la que realizar un análisis abierto, inclusivo y no reduccionista de los usos de las nuevas tecnologías.

Palabras claves

Apropiación social de las nuevas tecnologías, doble mediación, capital informacional, ciudadanía digital



1. Introducción.¹

Abordar la problemática de la apropiación tecnológica por parte de la ciudadanía adquiere especial relevancia si atendemos a las actuales transformaciones de la esfera pública. Si por un lado se extiende el fenómeno de la desafección y entran en crisis las tradicionales formas de representación y legitimación políticas, por otro lado se desarrollan nuevas expresiones de innovación y participación democrática como los presupuestos participativos, las asambleas ciudadanas, las consultas directas o la introducción del sorteo como mecanismo para la socialización del capital político. Todas estas experiencias son mediadas en mayor o menor grado por las nuevas tecnologías, cuyas posibilidades para la legitimación o para la ruptura de los modelos políticos no pueden entenderse solo desde el plano de la innovación tecnológica sino también, y de manera más determinante si cabe, desde el plano de la innovación social y democrática.

El análisis de las dimensiones sociales y políticas de las nuevas tecnologías se expresa frecuentemente en forma de posturas dicotómicas en torno a los límites y/o posibilidades en lo que a formas de apropiación y uso de los dispositivos tecnológicos por parte de la ciudadanía se refiere. Así, el impacto de las nuevas tecnologías en las formas de expresión de la ciudadanía (lógicas de convivencia, producción, consumo, participación política, socialización, etc.) nos remite a la polémica entre las posturas extremas y aparentemente irreconciliables de los que, por un lado, solo atienden a sus potencialidades en términos de ruptura y avance inexorable hacia mejores cotas de bienestar humano y, por otro lado, los que solo ven determinaciones fatales en las estructuras sociales productoras y producidas por el desarrollo tecnológico, siempre bajo el signo de la dominación.

Para afrontar el reto de superación de tales dicotomías es necesario situarse en un marco epistemológico abierto, inclusivo y no reduccionista que nos ofrece la teoría crítica. En este sentido, retomamos la propuesta de Robins y Webster (1999: 4-5) de estudiar las nuevas tecnologías desde una doble perspectiva, política e histórica. En primer lugar, política, en oposición a las aproximaciones que han estudiado la tecnología como socialmente neutra, pues la tecnología lleva inscritas siempre las relaciones sociales en las que se desarrollan, lo que incluye las relaciones de poder. De este modo, situamos los cambios tecnológicos dentro del contexto más amplio de las relaciones de poder en el ámbito de las telecomunicaciones y la innovación tecnológica, cambios que pueden señalar las identidades cambiantes y las resistencias locales pero también pueden apuntar a un capitalismo más fuertemente organizado que usa su control sobre las tecnologías y su experiencia para tolerar, resistir, absorber, comercializar o ignorar dichas resistencias (Mosco, 2009: 59). Nos interesa por tanto adoptar una visión compleja del funcionamiento

¹ Este artículo se inscribe en el marco del proyecto "La recepción de la filosofía grecorromana en la filosofía y las ciencias humanas en Francia y España desde 1980 hasta la actualidad", FFI2014-53792-R (2015-2017).



del poder en el que ni todo son determinaciones estructurales ni tampoco expresiones de la plena autonomía de los sujetos. Una visión más ligada a la construcción de hegemonía, entendida esta como un terreno asimétrico en disputa.

En segundo lugar, histórica, porque es necesario tener una perspectiva histórica para poder entender el actual curso de las sociedades contemporáneas y descubrir así que hay una continuidad entre la época actual y sus precedentes más o menos remotos del siglo XX. Así, la revolución de la información o la economía global de la información no son sino continuidades con la movilización capitalista de la sociedad pues aunque "las tecnologías sean nuevas, las visiones sociales que generan tienden a ser sorprendentemente conservadoras" (Robins y Webster, 1999: 5).

Diferentes corrientes han abordado la interacción entre los individuos y las nuevas tecnologías. Desde la etnotecnología, centrada en documentar los procesos de difusión de las técnicas en el tejido social así como las transformaciones sociales suscitadas por la apropiación de las técnicas, hasta el difusionismo, que relaciona la innovación técnica con la percepción subjetiva de la misma por parte de los individuos, pasando por los estudios en ergonomía y concepción de los dispositivos técnicos, preocupados por analizar el lugar y el rol de los humanos frente a los dispositivos técnicos, sobre todo en el momento de la concepción de estos dispositivos. A fin de trazar nuestro propio mapa de aproximaciones teóricas a la recepción, consumo, uso y apropiación de las nuevas tecnologías, escogeremos aquellas perspectivas que, conectadas con la tradición de la teoría crítica, hayan elaborado un corpus teórico que resulte aplicable al análisis del uso y apropiación de los dispositivos tecnológicos por parte de los sujetos. De este modo, nos moveremos en las intersecciones entre la economía política de la comunicación y los estudios culturales que acogen algunas de las propuestas que tanto la escuela latinoamericana de comunicación (especialmente las aportaciones de Martín Barbero sobre los usos sociales de los medios) como la escuela francesa de sociología de los usos han elaborado para el análisis de las prácticas sociales con las nuevas tecnologías. A lo largo de estas páginas no estamos sino definiendo que, en la investigación sobre las prácticas e interacciones sociales con las nuevas tecnologías, nosotros apostamos por estudiar políticas y estructuras sin descuidar la recepción y los usos, en un intento de superar dicotomías entre la recepción activa de corte funcionalista (del tipo usos y gratificaciones) y el estructuralismo fatalista que niega la potencialidad de los sujetos.

2. De los medios a la doble mediación.

Precisamente, entre los debates que han ocupado a la teoría crítica de la comunicación destaca el relativo a la autonomía del ámbito de la cultura y al papel de los sujetos en las estructuras sociales. Es en este debate en el que podemos encontrar una de las líneas



de intersección entre las corrientes de la economía política de la comunicación y los estudios culturales² que, en su reacción a los postulados del funcionalismo y del marxismo ortodoxo, apuestan por un materialismo cultural que supone la articulación de lo material, lo económico y lo ideológico en tres niveles analíticamente distintos pero imbricados en las prácticas socialmente concretas. Por un lado, la perspectiva de los estudios culturales, en el contexto de los estudios en recepción, ponen en la agenda académica el espesor social del uso, entendiendo la recepción como una actividad compleja, movilizadora de recursos culturales y que conduce a una construcción subjetiva del sentido (Jouët, 2000: 493-494). Por otro lado, la economía política de la comunicación propone descentrar el estudio de los medios en un marco teórico más amplio del proceso de producción y reproducción cultural, yendo más allá de la dominación cultural impuesta por la industria cultural y la ideología dominante y poniendo en un primer plano el capital, la clase, la contradicción, el conflicto y las luchas de oposición y resistencia que atraviesan el escenario mediático (Mosco, 2009: 155-159).

Las aportaciones de ambas corrientes nos señalan la importancia de que, en el análisis de las prácticas comunicativas, tan importante es lo que pasa en el ámbito de la producción de los medios de comunicación, de sus estructuras, como lo que sucede en el ámbito de la recepción y su complejo entramado de negociaciones del sentido. Es en este segundo plano donde se muestra de manera más descarada lo limitado que es reducir la idea de cultura al ámbito de la reproducción social e ideológica, pues se dejaría de lado el campo de los procesos constitutivos y, por tanto, transformadores de lo social, que también operan en el ámbito de la cultura y del que da cuenta el concepto gramsciano de hegemonía (Martín Barbero, 1987: 88). No obstante, en este enmienda a la distinción mecanicista entre base y superestructura, Mattelart nos advierte del peligro que supone olvidar el problema del poder y la dominación a la hora de evaluar las capacidades de resistencia de los sujetos, pues sería lo que marcaría la diferencia entre el consumidor / ciudadano y el sujeto / ciudadano, fundamentado en la demanda social de participación y en la construcción de una contra-hegemonía.

A partir de este punto, nos proponemos abordar las prácticas comunicativas de los sujetos en torno a las nuevas tecnologías como si de una arena de luchas se tratase, es decir, como un espacio dominado por contradicciones, conflictos, luchas y resistencias que tienen las relaciones sociales de poder como telón de fondo. De lo que se trata es de centrarnos en las mediaciones en ese contexto de lucha y de apropiación de recursos difusos donde adquiere sentido abordar los múltiples y variados usos que la ciudadanía, los actores sociales, hacen de la información y el conocimiento (Sierra Caballero, 2013:

2 Al menos en sus primeras etapas, pues progresivamente ambas corrientes se distancian por la tendencia de los estudios culturales a encerrarse en el texto e ir progresivamente olvidando el problema de la ideología, del carácter industrial de la cultura y, en definitiva, del poder. Mattelart (2011) sitúa este distanciamiento en el giro sociológico de los años 80 y en las desregulaciones neoliberales que también tuvieron su impacto en el mundo académico.



22). Para ello, recurrimos, por un lado, a las aportaciones de Martín Barbero en torno a las mediaciones y, por otro, a los estudios de la escuela francesa de sociología de los usos de las nuevas tecnologías. Ambas perspectivas nos van a ayudar no solo a plantear una visión compleja de las mediaciones en la era digital sino también a elaborar un esquema de análisis de la interacción entre sujetos y dispositivos técnicos y de las representaciones sociales a ella asociadas.

Martín Barbero aporta un enfoque original al estudio de los usos sociales de las nuevas tecnologías al desplazar el foco de la investigación del espacio de los medios al espacio en el que se produce el sentido, o lo que es lo mismo, del espacio de los medios al espacio de las mediaciones. Podemos identificar a Martín Barbero como miembro de una escuela latinoamericana de estudios en comunicación y cultura que se propone, en reacción al paradigma de los efectos, analizar la recepción y el consumo como un lugar epistemológico y metodológico desde el que repensar la comunicación. Para esta escuela, de lo que se trata es de, por un lado,

Indagar lo que la comunicación tiene de intercambio e interacción entre sujetos socialmente constituidos y ubicados en condiciones y escenarios que son (...) espacio de poder, objeto de disputas, remodelaciones y luchas por la hegemonía (y, por otro lado,) de comprender las formas de socialidad que se producen en los trayectos de consumo, en lo que estos tienen de competencia cultural, hecha pensable desde una etnografía de los usos que investiga los movimientos de ruptura y continuidad, de enraizamiento y deslocalización, así como las memorias cortas y largas que los atraviesan y sostienen (Martín Barbero, 2002: 249-250).

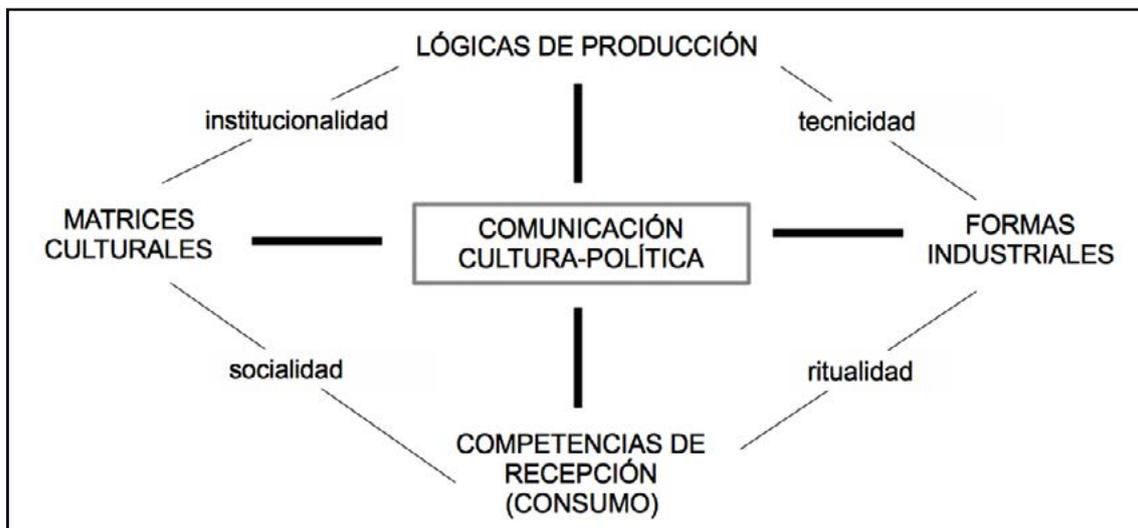
Se trata así de trasladar el foco de atención de las tecnologías en sí mismas a sus modos de acceso, uso y apropiación, atendiendo no solo a las huellas del dominador, sino también a las resistencias, resemantizaciones y rediseños protagonizados por los sujetos (ibídem: 177). Se trata al fin y al cabo de recuperar una tradición dentro de la teoría crítica encarnada en autores como Antonio Gramsci o Walter Benjamin para los que el interés no está solo en la denuncia de las formas de dominación o de control de unos sistemas culturales impregnados de racionalidad instrumental, sino también en los procesos de resistencia y lucha por la hegemonía protagonizados por los sectores populares, en las formas de percepción del sentido de las experiencias de los oprimidos. De esta manera se abre la puerta para que se comprendan las contradicciones que, en el propio marco del capitalismo, provenían de las luchas obreras y la resistencia-creatividad de las clases populares, invirtiendo de facto la ecuación base-superestructura al analizar la manera en que los cambios en el espacio de la cultura, en los modos de percepción y de experiencia social, acarrearán también cambios en las condiciones de producción (Martín Barbero, 1987: 50-58).



El concepto de mediación cristaliza este marco de pensamiento y nos ayuda a comprender la comunicación social como un proceso de negociación entre los sujetos y el contexto social de referencia. La investigación de lo que pasa en y por los medios y las nuevas tecnologías de la comunicación nos sirve para analizar cómo se constituye lo público como una producción de imaginarios, representaciones y normas de interpretación del mundo (Martín Barbero, 2002: 217). Así, el estudio de las mediaciones ha sacado de los márgenes el análisis de las prácticas de los sujetos, las situaciones y los contextos, los usos sociales y los modos de apropiación. Frente a la reducción del proceso de comunicación al vehículo y de los receptores a consumidores, la propuesta de Martín Barbero vindica la comunicación como “espacio estratégico de creación y apropiación cultural, de activación de la competencia y la experiencia creativa de la gente, y de reconocimiento de las diferencias” (ibídem: 223).

Vemos configurarse un nuevo mapa de problemas en el que estudiar los usos sociales de la comunicación o la apropiación de las nuevas tecnologías sería una cuestión de mediaciones, poniendo en relación esas nuevas tecnologías con las matrices culturales y los usos sociales. Para el análisis de las mediaciones, Martín Barbero traza un itinerario que aborda las relaciones constitutivas entre comunicación, cultura y política a partir de dos ejes: uno diacrónico o histórico de larga duración (que comprende las Matrices Culturales por un lado y los Formatos Industriales por otro) y otro sincrónico (entre Lógicas de Producción y Competencias de Recepción o Consumo).

Cuadro 1. Mapa de las mediaciones.



Fuente: Martín Barbero (1987: XXV)

La relación entre los cuatro vértices resulta útil para analizar los usos de las nuevas tecnologías en los diferentes niveles de:

1. Socialidad, que se genera en la trama de las relaciones cotidianas que tejen los sujetos al juntarse. La socialidad es el anclaje de la praxis comunicativa y resultado de los modos y usos colectivos de la comunicación, esto es, "de interpelación/constitución de los actores sociales, y de sus relaciones (hegemonía/contrahegemonía) con el poder. En ese proceso, las Matrices Culturales activan y moldean los *habitus*³ que conforman las diversas Competencias de Recepción" (Martín Barbero, 1987: XXVII).
2. Institucionalidad, que resulta una mediación espesa de intereses y poderes contrapuestos que afecta a la relación discursiva entre el Estado, que busca dar estabilidad al orden constituido, y los ciudadanos, que buscan defender sus derechos y hacerse reconocer, esto es, reconstruir permanentemente lo social
3. Tecnicidad, que es menos un asunto de aparatos que de operadores perceptivos y destrezas discursivas.
4. Ritualidad, que nos remite al nexo simbólico que sostiene toda comunicación, a sus anclajes en la memoria, sus ritmos y formas, sus escenarios de interacción y repetición. Las ritualidades son gramáticas de la acción que regulan la interacción entre los espacios y tiempos de la vida cotidiana y los espacios y tiempos que conforman los medios. Las ritualidades nos remiten al sentido que para el receptor tiene la acción de usar un determinado medio, una determinada tecnología: "remiten, de un lado, a los diferentes usos sociales de los medios (...) De otro, las ritualidades remiten a los múltiples trayectos de lectura ligados a las condiciones sociales del gusto, marcados por los niveles y calidades de la educación, los haberes y saberes constituidos en memoria étnica, de clase o de género, y los hábitos familiares de convivencia con la cultura letrada, la oral o la audiovisual, que cargan la experiencia del ver sobre el leer o viceversa" (ibídem: XXVII-XXIX).

Este mapa de las mediaciones nos permitiría asumir la pluralidad de que están hechos esos usos y establecer articulaciones entre las operaciones (que pueden ser de repliegue, de rechazo, de asimilación, de refuncionalización, de rediseño, de negociación, etc.), las matrices (distinguiendo entre variables de clase, de territorio, de etnia, de religión, de sexo, de edad, etc.), los espacios (como el hogar, el espacio de trabajo, el barrio, etc.) y los medios (micro como la grabadora y la fotografía, meso como el disco o el libro, macro como la prensa, la radio o la televisión) (Martín Barbero, 2002: 135).

3 Frente a la vertiente sociológica de raíz británica de los estudios culturales, Barbero recupera una vertiente sociológica francesa que aborda la cuestión cultural, encarnada en los trabajos de Certeau por un lado y Bourdieu por otro. Barbero aquí utiliza el concepto de *habitus* esbozado por Bourdieu, definido como un "sistema de disposiciones durables que integrando todas las experiencias pasadas funciona como matriz de percepciones, de apreciaciones y de acciones, y vuelve posible el cumplimiento de tareas infinitamente diferenciadas" (Bourdieu y Passeron, 1970: 47; citado por Barbero, 1987: 90).



Por su parte, la tradición francesa de la sociología de los usos de las nuevas tecnologías presenta una serie de peculiaridades que la distinguen de otras escuelas de estudios sobre la recepción. En primer lugar, su campo de investigación sobre los usos no se va a desarrollar, a diferencia de lo que pasa en los países anglosajones, como una prolongación del estudio sobre los usos de los medios de comunicación, en particular de la televisión. Antes bien, surge a partir de los análisis sociológicos que describen la utilización contextualizada de objetos comunicativos como el magnetoscopio, el mando a distancia de la televisión, la informática a domicilio, el contestador telefónico y, sobre todo, la experiencia de Minitel. Así, las primeras investigaciones en este ámbito sociológico se van a centrar en la separación entre los usos observados y los usos prescritos por los promotores de las nuevas tecnologías, ligando la noción de uso a la autonomía de las prácticas. Es el caso de Minitel y del modo en que un sistema pensado para el intercambio de información y consulta de bases de datos terminó popularizándose como sistema de diversión y mensajería en red (Jauréguiberry y Proulx, 2011: 26-27; 49-50).

Esta autonomía de las prácticas de los sujetos que desarrolla la sociología de los usos se vincula a una visión del usuario como resistente, entendiendo resistencia como una "reacción múltiple, diversa, creadora y siempre activa que los ciudadanos, los usuarios, el público aportan a las ofertas tecnológicas que les son hechas" (Laulan, 1985: 30; citado en Jauréguiberry y Proulx, 2011: 51). En este sentido, cobra gran importancia la influencia que la obra de Michel de Certeau ha tenido para esta corriente en cuanto a sus reflexiones sobre las *manières de faire* de los practicantes ordinarios, es decir, por los gestos a priori insignificantes y por las tácticas puestas en marcha por los usuarios como otras tantas formas de microresistencias a la imposición de las normas. Así, la obra de Certeau sirve a esta tradición para abordar los usos de las tecnologías a través de una sociología que no concibe a los usuarios como simples consumidores sino como actores y que se plantea captar los mecanismos por los cuales los sujetos se constituyen de manera autónoma en determinados dominios clave de la cultura cotidiana, tales como el consumo, el hábitat o la lectura. Su objetivo es analizar la cultura común y cotidiana en lo que tiene de apropiación, evidenciando las operaciones de los practicantes por medio de las cuales se desvían de un entorno proporcionado de antemano por las tecnocracias y las industrias culturales. A fin de cuentas, el uso de las nuevas tecnologías se convierte así en un asunto que implica poder, conflicto y negociaciones (Jouët, 2000: 495-496) (Jauréguiberry y Proulx, 2011: 28-29).

De Certeau utiliza los conceptos de estrategia y táctica para abordar las diferencias entre los usos previstos y los usos efectivos, entre el orden establecido por el poder (de tipo económico, político, cultural, en resumidas cuentas, estratégico) y las maneras de hacer que escapan de dicho orden (las desviaciones puestas en marchas por los débiles que a través de su inventiva, ingenio e inteligencia se mueven tácticamente por ese espacio definido por el poder). Se resuelven así las determinaciones o constricciones sociales,



económicas, políticas o culturales del individuo situando sus posibilidades de "hacer" dentro de estrategias definidas por ámbitos de poder que escapen a su control y dentro de las cuales desarrolla sus acciones de evasión, fractura, ruptura, etc. (de Certeau, 1980: 42-43).

Con estos antecedentes e influencias, se configura un campo de investigación que también tendrá un mapa de problemas que resulta útil en lo que a construcción social de los usos de las nuevas tecnologías se refiere. Partimos de un ámbito de investigación que, trascendiendo la mera aproximación al empleo de la herramienta técnica, pone el acento en las prácticas sociales, de manera que los usos se puedan observar desde la "espesura social, desde su relación con otras prácticas de sociabilidad, de trabajo, de ocio, y como desafío del poder, de transformación y de negociación en el seno de las estructuras sociales que le preexisten" (Jouët, 2000: 512).

Encontramos uno de los puntos de mayor originalidad de la escuela francesa de sociología de los usos en la superación, en lo que a análisis de la interrelación entre mediación tecnológica y vínculo social se refiere, de la dicotomía surgida entre el determinismo tecnológico y el determinismo social. Si el determinismo técnico traslada una visión de que son las tecnologías las que definen los usos y configuran nuestra visión del mundo, el determinismo social pone el acento en el papel condicionador de la reproducción social en la adopción y difusión de las tecnologías. El estudio de los usos rechaza esta trampa teórica al plantear que las esferas técnica y social no pueden entenderse por separado pues ni la mediación de la técnica es neutra ni las prácticas sociales son ajenas a la materialidad (Jauréguiberry y Proulx, 2011: 14-25). Para superar ese doble obstáculo determinista de lo técnico y lo social surge de la tradición francesa la noción de doble mediación de lo técnico y lo social, que busca restituir la conexión entre la innovación técnica y la innovación social pues la mediación es "a la vez técnica, porque la herramienta utilizada estructura la práctica, pero también social, porque el móvil, las formas de uso y el sentido asociado a la práctica se remiten al cuerpo social" (Jouët, 2000: 497). Así, ni la mediación de las nuevas tecnologías es neutra, porque estas tienden cada vez más a ser organizadores de la acción y contribuyen a la emergencia de nuevos modelos de referencia, valores, acciones y relaciones sociales que transforman nuestra relación con la sociedad. Ni el sentido que adquieren los usos de las nuevas tecnologías se pueden separar de la dimensión social que le imprime el contexto en el que se desarrollan, por lo que las prácticas de los usuarios han de ser interpretadas en su dimensión social global (determinada por transformaciones en el plano económico, político, social, familiar, etc.) (Granjon, 2009: 59) (Jouët, 2011: 79-81).



3. Ciudadanía y apropiación tecnológica.

A partir de estos principios teóricos podemos abordar la problemática de los usos de las nuevas tecnologías privilegiando el concepto de apropiación social como vertebrador de una postura epistemológica desde el que analizar las nuevas tecnologías que se contraponen con las explicaciones que hablan de adaptación, integración o asimilación de los dispositivos tecnológicos por parte de los sujetos. La apropiación social de las nuevas tecnologías integra esa doble mediación social y tecnológica a la que nos referíamos anteriormente y que comprende el acceso a los dispositivos tecnológicos como un problema de recursos e infraestructuras, pero también del desarrollo de habilidades tecnológicas y de capital cultural de cada individuo o comunidad para el aprovechamiento de las posibilidades que presentan dichas tecnologías (Crovi, 2013: 221-222). En este sentido, Hamelink utiliza el concepto de capital informacional para abarcar el proceso de acceso, uso y apropiación de las nuevas tecnologías, definiéndolo como

La capacidad financiera para pagar la utilización de redes electrónicas y servicios de información, la habilidad técnica para manejar las infraestructuras de estas redes, la capacidad intelectual para filtrar y evaluar la información, como también la motivación activa para buscar información y la habilidad para aplicar la información a situaciones sociales (Hamelink, 2000: 91).

Ampliando el concepto propuesto por Hamelink, la sociología de los usos plantea cinco condiciones de realización de la apropiación social definida como un tipo-ideal además de la condición previa de acceso al dispositivo técnico:

1. Dominio técnico y cognitivo del artefacto.
2. Integración significativa del uso en la práctica cotidiana del actor.
3. Utilización repetida del dispositivo técnico que abre posibilidades de creación (acciones que generan novedades) en la práctica social.
4. La mediación en una comunidad de práctica, fuente de intercambios (productores de inteligencia colectiva), de transmisión y de apoyo entre sujetos de aprendizaje.
5. A un nivel propiamente colectivo, la apropiación supone que los usuarios y sus necesidades estén adecuadamente representados por portavoces en el establecimiento de políticas públicas y, al mismo tiempo, que sean tenidos en cuenta en el proceso de innovación en el seno de las empresas (producción industrial y distribución comercial) (Jauréguiberry y Proulx, 2011: 81-82).

Dentro de este esquema conceptual, hablar de apropiación social de las nuevas tecnologías significa adoptar una visión sociocrítica y estructural que tiene en cuenta el proceso intersubjetivo de apropiación social de la tecnología, la potencia del *habitus* y la capacidad creativa de la experiencia de los sujetos y los actores sociales, así como las



dimensiones estructurales de poder que delimitan la autonomía de la ciudadanía (Sierra Caballero, 2013: 34; Marí y Sierra Caballero, 2007: 2). En la apropiación social se expresan tanto la identidad personal como la identidad social del individuo, en un movimiento de doble afirmación: de la singularidad y de la pertenencia que une al cuerpo social. Los usos lúdicos, profesionales o funcionales se mueven en ese arco de lo individual o lo colectivo. Igualmente, en las apropiaciones también se expresan tanto la afirmación de la pertenencia como de la diferencia, pues también la apropiación de los objetos es fuente de marcaje social a raíz de las prácticas específicas que se producen en el seno de determinados grupos sociales: usos de los jóvenes o diferencias de los usos entre hombres y mujeres (Jouët, 2000: 504).

Podemos establecer diferentes niveles de análisis para el estudio de la apropiación social de las nuevas tecnologías. En primer lugar, identificamos un nivel individual en el que el usuario actúa de manera que la innovación se ajuste a su personalidad, integrándola en sus esquemas perceptivos motores, sus hábitos laborales y su experiencia previa. En segundo lugar, encontramos el nivel del grupo de pertenencia, donde las culturas del trabajo, de la edad y del medio juegan un papel fundamental. Finalmente, nos situamos a nivel de la cultura, en el sentido geográfico de cultura regional y nacional, donde una misma innovación técnica puede ser objeto de un modo de apropiación diferenciado según las características específicas del entorno en el que el objeto técnico se implante (Gras, 1994: 261-262, citado en Jauréguiberry y Proulx, 2011: 82).

Es a partir de estos niveles que podemos establecer un mapa de variables de análisis de la apropiación que dé cuenta de las diferencias y desigualdades a las que se enfrentan los sujetos en su interacción con las nuevas tecnologías. Estos usos, que median la experiencia tecnológica de los diferentes grupos, determinan también los imaginarios desde los que proyectan su identidad los hombres y las mujeres, los adultos y los jóvenes, los campesinos, los de ciudad, etc. (Martín Barbero, 2002: 169). Para explicar las prácticas de uso de las nuevas tecnologías, hablamos no solo de las determinaciones económicas, sino también de las diferentes competencias culturales que atraviesan las clases sociales o, retomando a Granjon (2009: 33-37), a las diversas “fracturas de clase” (educativa, de género, generacional) que son la base de las diferencias sociales y económicas de los agentes sociales y que se encuentran en relación de interdependencia:

1. Fractura de clase. Se trata de analizar las diferencias de usos según categorías sociales tales como el nivel de instrucción de los usuarios o los niveles de renta. Diversos estudios que han abordado los usos de las nuevas tecnologías en el seno de las clases populares, revelan que existen modos de apropiación diferenciados según el nivel de estudios de los usuarios: los graduados, más expertos, adoptan prácticas de discusión en foros y las autopublicaciones que ponen en valor su bagaje cultural, mientras que los no graduados afrontan dificultades de manipulación y se decantan sobre todo por actividades lúdicas a través de las nuevas tecnologías



que suponen una prolongación de sus prácticas televisivas (ibídem: 59-60).

2. Fractura de género. Se trata de abordar la dominación masculina sobre los objetos digitales ya que a pesar de que, tras más de tres décadas, las mujeres han aumentado significativamente su acceso a los equipos y frecuencia de uso de las nuevas tecnologías, siguen existiendo importantes diferencias en sus formas de apropiación, que atestiguan gustos y centros de interés sexuados que reproducen de una cierta manera las especificidades de la fractura masculina-femenina. Las investigaciones sobre los modos de apropiación de Internet sugieren que los usos que requieren mayor habilidad técnica siguen circunscritos al ámbito mayoritariamente masculino mientras que al género femenino se vinculan las prácticas asociadas a la prolongación de su rol social de mantenimiento de las relaciones del hogar con el mundo exterior o a la cultura femenina del intercambio (Jouët, 2011: 60-61).
3. Fractura generacional. Los diferentes usos de las nuevas tecnologías han contribuido a una redefinición de las relaciones sociales entre las diferentes generaciones, en las prácticas culturales y sociales de los nativos digitales frente a los *seniors* y sus usos de las tecnologías de la información. Así, por ejemplo, en el seno de la familia la multiplicación de objetos digitales ha acarreado una reorganización de los espacios de vida donde el control parental sobre el acceso a Internet contrasta con los usos de las nuevas tecnologías por parte de los adolescentes que reflejan su deseo de autonomía y emancipación de la familia así como la filiación a grupos de pares con los cuales comparten una cultura juvenil (ibídem: 61-62).

El objetivo de analizar los usos de las nuevas tecnologías atendiendo a estas fracturas es comprender la manera en que los agentes sociales se inscriben en las relaciones sociales que presionan y estructuran sus usos a la vez que, de forma complementaria, captamos las maneras en que esos mismos agentes se escapan y producen prácticas atípicas (apropiaciones, usos negociados, etc.) desde el punto de vista de sus pertenencias y/o determinaciones. Esta articulación de los usos de las nuevas tecnologías influye de manera determinante en las diferencias que existen en la intensidad de los usos de esas tecnologías y que justificaría hablar de diversos grados de exclusión digital. En función de la posición que ocupe cada uno, será un beneficiario o un perdedor de la revolución de la información, se tendrá acceso a un tipo u otro de información y se sabrá aprovechar o no el acceso a esa información. La exclusión digital no solo hay que comprenderla, como se hace tradicionalmente, como el no-acceso a las nuevas tecnologías, sino también, y sobre todo, como el uso deficiente o acrítico de las mismas, lastrando de facto la capacidad de apropiación de las nuevas tecnologías (Granjon, Lelong y Metzger, 2009b: 24).

Al trazar este recorrido teórico por el uso y apropiación de las nuevas tecnologías, tratamos de superar los enfoques tecnocéntricos que tradicionalmente han dominado el ámbito de la investigación en comunicación. Para ello, apostamos, como hacen Marí y Sierra Caballero (2007) por una politización del fenómeno tecnológico, vinculando los usos alternativos con



la construcción de proyectos para el cambio social. Cobra sentido entonces entender las nuevas tecnologías como un espacio de poder y conflicto, donde los sujetos parten de su posición en las relaciones sociales de dominación pero juegan con sus propios intereses y necesidades, desarrollando sus propios lenguajes y construyendo sus propias formas de comunicación y su propio sentido común, desarrollando una "hegemonía cultural que, aunque constituida junto con, al lado de y en conflicto con una hegemonía de las clases dirigentes, proporciona sin embargo terrenos independientes para la acción social incluida la lucha de clases" (Mosco, 2009: 333).

Bibliografía.

Crovi Druetta, Delia (2013): Matrices digitales en la identidad juvenil, en Sierra Caballero, Francisco (Coord.): *Ciudadanía, tecnología y cultura. Nodos conceptuales para pensar la nueva mediación digital*, Barcelona: Gedisa.

De Certeau, Michel (1980): *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de Hacer*, México: Universidad Iberoamericana.

Granjon, Fabien, Lelong, B. et Metzger, J. L. (2009): Introduction. Inégalités sociales, inégalités numériques : quelles articulations? En Granjon, Fabien, Lelong, B. et Metzger, J. L. (Dir.) (2009): *Inégalités numériques: clivages sociaux et modes d'appropriation des TIC*, Paris: Hermes – Lavoisier.

Granjon, Fabien (2009): Les usages du PC et d'Internet au sein des classes populaires. Inégalités numériques et rapports sociaux de classe, de sexe et d'âge. En Granjon, Fabien, Lelong, B. et Metzger, J. L. (Dir.) (2009): *Inégalités numériques: clivages sociaux et modes d'appropriation des TIC*, Paris: Hermes – Lavoisier.

Hamelink, Cees (2000): *The Ethics of Cyberspace*, London: Sage.

Jauréguiberry, Francis y Proulx, Serge (2011): *Usages et enjeux des technologies de communication*, Toulouse: Ed. Érès.

Jouët, Josiane (2000): Retour critique sur la sociologie des usages. En *Revue Réseaux*, n° 100 (18). Pp. 487-521.

Jouët, Josiane (2011): Des usages de la télématique aux Internet Studies. En Denouël, J. Y Granjon, F. (Dir): *Communiquer a l'ère numérique. Regards croisés sur la sociologie des usages*, París: Presses des Mines.

Marí, Víctor y Sierra Caballero, Francisco (2007): *Capital informacional y apropiación social de las nuevas tecnologías. El papel de las redes críticas de empoderamiento local en la Sociedad Europea de la Información* [Documento inédito].



Martín Barbero, Jesús (2010 - 1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona: Anthropos Editorial / Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco.

Martín Barbero, Jesús (2002): *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, México: Fondo de Cultura Económica.

Mattelart, A. (2011): Estudiar comportamientos, consumos, hábitos y prácticas culturales. En Albornoz, L. (Coord.): *Poder, medios, cultura*, Buenos Aires: Paidós.

Mosco, Vincent (2009): *La economía política de la comunicación. Reformulación y renovación*, Bosch: Barcelona.

Robins, Kevin y Webster, Frank (1999): *Times of the Technoculture. From the information society to the virtual life*, London: Routledge.

Sierra Caballero, Francisco (2013): Ciudadanía, comunicación y ciberdemocracia. Un enfoque sociocrítico del Capitalismo Cognitivo, en Sierra Caballero, Francisco (Coord.): *Ciudadanía, tecnología y cultura. Nodos conceptuales para pensar la nueva mediación digital*, Barcelona: Gedisa.

